

# ¿No tienen valores los adolescentes? ¿Qué buscan? ¿Qué necesitan?

*Javier Elzo<sup>1</sup>*

Sostengo que hay dos errores fundamentales cuando hablamos de jóvenes o de adolescentes. El primero es adularlos y mimarlos en exceso. Platón en «Las leyes» dice que el principio de la tiranía se inicia cuando los padres y profesores tienen miedo de los hijos y los alumnos, y acaban adulándolos. Se les pone en un pedestal, se les mira, se les protege hasta el exceso y entonces se convierten en los reyes, si no en los tiranos, de la casa y de la escuela.

El otro error es pensar en los jóvenes y adolescentes como personas que sólo piensan en sí mismas, que no tienen ideales, que han perdido valores. Otra cosa es que no tengan los valores que los otros estiman que deberían tener. En la vida es imposible no tener valores, todas las personas tienen valores aunque los expliciten o no, los tematizen o no. El error, peor aun la falacia, estriba en identificar al joven, por el hecho de ser joven, con la violencia, la droga, el alcoholismo, la juerga y, en general, con todo lo negativo.

Aunque hable de jóvenes y adolescentes no son la misma cosa. La diferenciación que yo hago no sólo se basa en la edad. Considero que el adolescente básicamente es esa persona que está instalada en el presente, que ha dejado la infancia, que quiere lograr la autonomía respecto de sus padres —algo muy sano— y quiere adoptar su propio yo sin mirar al futuro. La

---

<sup>1</sup> Sociólogo. Catedrático emérito de Sociología en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad de Deusto.

adolescencia es el período de la vida en el que la persona quiere instalarse en el presente. Esta característica distingue al adolescente del joven que, estando también en un período de tránsito, empieza ya a mirar el futuro. El adolescente no quiere mirar al futuro, quiere vivir el presente, haciendo más o menos lo que quiere, sin muchas responsabilidades y sin mayor proyección.

Mi tesis fundamental es que hoy la adolescencia empieza antes. Hace treinta años los estudios sobre la juventud abarcaban de los 18 a los 24 años. Cuando yo empecé a investigar el tema, en el año 1986, los estudios iban de los 15 a los 29 años. Actualmente estoy trabajando con personas de 12 años y me pregunto si no tendría que empezar antes.

Cuando hablamos de los jóvenes, hay que abordar el tema desde tres perspectivas: una es la tesis de la contextualización de K. Mannheim, según la cual solamente las personas que han vivido una serie de experiencias similares pueden dar lugar a situaciones generacionales. Los adolescentes y los jóvenes son como son en función del contexto en que han crecido. Como la contextualización es fundamental, una parte de estas líneas las dedico a exponer en qué ambiente están creciendo los jóvenes de hoy. Si alguien quiere extenderse en éste, como en otros muchos puntos que aquí voy a abordar, me permito remitirle a mi último libro «La voz de los adolescentes» que acabo de publicar en la editorial SM-PPC.

La segunda tesis es la de la diversidad, la de la complejidad. Es la famosa tesis de Pierre Bourdieu cuando decía aquello de que la juventud no es sino una palabra. Es mentira porque la juventud es mucho más que una palabra, y los que tenemos hijos lo sabemos muy bien. Lo que quiere decir Pierre Bourdieu es que no existe la juventud como categoría sociológica uniforme; existen jóvenes y adolescentes muy diversos. En mi último libro ofrezco siete retratos diferentes.

La tercera tesis es la de la socialización, relacionada con el ámbito donde encuentran los jóvenes las cosas más importantes para orientarse en la vida y quiénes son sus referentes o agentes de socialización.

Entre nosotros, hoy un adolescente y un joven se encuentran con que hay un referente religioso minoritario, un referente político extremadamente desprestigiado y un referente social arrinconado. De éste último se habla mucho y tiene buen predicamento, pero en la práctica, en muchos casos, está dejado de lado. Por ejemplo, todo el mundo está de acuerdo en ayudar a los drogadictos a condición de que el centro de rehabilitación esté ubicado lejos de su domicilio.

El primer valor de la sociedad hoy es el bienestar. El primer valor —entendiendo por «valor» aquello a lo que le damos importancia— es vivir bien. El valor máximo de la sociedad es el del bienestar individual bajo la base del individualismo. Los referentes sociales, colectivos, amplios están perdiendo fuerza en detrimento del imperio del deseo y la ética libertaria de que cada cual pueda hacer lo que le apetezca, cuando y como le apetezca si no hace daño al otro y, esto último, no siempre. La lógica del «nahi dut» (hacer lo que me apetezca) se ha entronizado sobre la lógica del «behar dut» (hacer lo que deba hacer). Porque, ¿desde qué ética, cabe hablar de «deber hacer» cuando el valor supremo es el bienestar individual?

Éste es el fondo en el que sitúo el contexto en el que nacen y se hacen estos jóvenes. Veámoslo con más detalle.

## **ALGUNOS ELEMENTOS ESTRUCTURALES DEL NUEVO SIGLO QUE ESTÁN CONFORMANDO A LOS ADOLESCENTES Y JÓVENES DE HOY**

Son menos que hace diez o quince años. El año 1975 terminó el *baby boom* en España. Luego, a partir de comienzos del año 1990, el descenso del número de adolescentes ha sido la tónica. El descenso de la natalidad continuó su curva descendente hasta la entrada de los emigrantes al final de la misma década de finales del siglo pasado. De ahí que la mayoría de los adolescentes de hoy son hijos únicos.

Los jóvenes viven en plena revolución tecnológica, en el campo de la comunicación sobre todo (chats, móviles, messenger, Internet...). En algu-

nas zonas de España, por ejemplo en Catalunya, ya tenemos datos que nos muestran que Internet ha superado a la televisión como espacio de entretenimiento y como agente de socialización. Mi pronóstico es que en cinco años, o la televisión se integra en las nuevas tecnologías o perderá la batalla de los jóvenes. Como la prensa escrita.

El esquema chicos/chicas es diferente. Hay un igualitarismo ya asumido por los adolescentes. Pero, entre los chicos, las referencias «feministas» no son aceptadas, y entre algunos —¿los más débiles?— provocan rechazos y pueden ser fuente de agresión. Al par que hay muchas chicas que están adoptando comportamientos de los chicos y no precisamente los mejores. Por ejemplo, en los consumos de alcohol y en las practicas sexuales auto-degradantes.

Sin embargo, las lecturas de los chicos y chicas son, en la actualidad, tan diferentes o más que cinco años atrás, marcándose la identidad de género pese al igualitarismo legal y verbalmente propugnado.

La violencia juvenil sigue siendo mayoritariamente masculina, pero la violencia adolescente femenina tiene ya alguna consistencia estadística. Por otra parte, el fenómeno del «bullying» ha irrumpido en las aulas escolares hasta el punto que ha dejado en un segundo plano otras cuestiones en torno al aprendizaje. Además, una proporción considerable de escolares señalan tener miedo en la escuela y solicitan más disciplina. Muchos padres y profesores no se enteran. En no pocos casos porque los propios escolares victimados lo ocultan, añadiendo así, dolor al dolor.

Sí, el bullying existe. No lo erradicaremos totalmente nunca. Pero hemos de procurar que sea lo menos frecuente posible y lo menos dañino posible. Además de tomar conciencia del problema, lo que ya se da en la mayor parte de los centros docentes, hay que aplicar los protocolos de detección ya existentes y, sobre todo y muy prioritariamente, una colaboración entre los padres, los profesores y la dirección de los centros que a día de hoy es muy deficitaria. Mientras padres y profesores estén enfrentados, la pagarán sus hijos y alumnos.

El recurso a la vía judicial es un indicador evidente de que tal colaboración no se ha dado. La justicia está para dirimir culpables, no para resolver conflictos. Entre otras razones porque actúa cuando los hechos ya han pasado. Por eso pienso que los problemas de bullying no tendrían que salir del sistema educativo. Para eso están los inspectores en el sistema educativo. Como los mediadores en el ámbito familiar. La justicia debe ser el último recurso.

Las familias, a pasos agigantados, están cada vez más fragilizadas y son cada vez más inestables. Los adolescentes de hoy son los primeros que, en proporciones estadísticamente relevantes, —cerca de uno de cada dos el año 2006, cifra que en parte se explica por el divorcio «express» y que pronostico descenderá en los próximos años, no solamente por la crisis económica— viven la separación o divorcio de sus padres. Que legitiman ideológicamente aunque lo padezcan vitalmente. Claro que siempre será mejor que se divorcien sus padres cuando los vean en casa, literalmente hablando, tirándose los trastos a la cabeza.

Afortunadamente, cada día hay más mujeres en el mundo laboral, aunque su distribución en unas y otras tareas me temo que está dando paso a otra dualidad laboral, cuestión que sólo apunto, pues no puedo ocuparme en estas líneas de esta cuestión. Lo que nos interesa significar es que al salir la mujer de casa —la madre, en concreto—, una figura clave de nuestra familia tradicional está desapareciendo ante nuestros ojos: el ama de casa. Como, por otra parte, el padre no ha entrado en casa, al menos en la proporción en la que ha salido la madre y los abuelos ya no habitan en los nuevos núcleos familiares (ni otros miembros de la familia, como tíos o tías, etc.), constatamos que niños y adolescentes de hoy se encuentran la casa vacía cuando llegan de la escuela. Es la generación que más sola está creciendo, produciéndose así una autoformación a través básicamente del grupo de amigos y los diferentes medios de comunicación, con Internet cada más a la cabeza, insistimos, como nunca juventud alguna ha crecido.

España es ya un país de inmigrantes, aunque con niveles de implantación y también de origen geográfico distintos en unas y otras Comunidades Autó-

nomas. En los centros escolares hay cada vez mayor diversidad geográfica, étnica y racial, lo que conforma una escuela y una educación que se diferencian mucho de la que tuvieron sus propios padres. La situación en las escuelas, aun con la riqueza de convivir con personas de otras culturas, plantea nuevas dificultades que sería iluso obviar.

Está completamente abierta la cuestión del tipo de interacción de los inmigrantes con los autóctonos y de los inmigrantes entre sí. ¿Hay riesgo de creación de guetos por afinidades nacionales? ¿Hay riesgo de comunitarismo, como en Francia?

Vivimos un período de trivialización del cannabis, que «de facto» es una droga legal, dada la extrema facilidad con la que la obtienen los adolescentes y la alta proporción de los que, al menos, la han experimentado ya en la adolescencia. ¿Sustituto del tabaco como el alcohol lo fue en un breve período de tiempo, de la heroína y drogas «duras» tras la aparición del sida a finales de los ochenta, para después yuxtaponerse? De hecho, lo que observamos en el momento actual es que hay un apuntalamiento del modelo festivo del consumo de alcohol al que va asociado, con demasiada frecuencia, el de las drogas jurídicamente ilegales, pero socialmente omnipresentes, de las que el cannabis tiene un protagonismo mayor. Sin olvidar la cocaína, también entre adolescentes, y otros productos, heroína incluida, estos dos últimos años. Durante los años 2005-2006, España registró los máximos históricos de consumo de prácticamente todas las drogas y alcohol. Varios estudios de 2007 y 2008 coinciden en que se está produciendo un ligero descenso aun con excepciones como la heroína, que ha vuelto en proporciones similares a los primeros años ochenta del siglo pasado, aunque consumida no mediante jeringuillas, sino vía parenteral.

Además hemos vivido un cambio del paradigma finalista en el tema del alcohol y las drogas. De poner el acento en el no consumo, se ha acentuado el consumo más seguro o, quizá más exactamente, menos lesivo una vez consumido. Hemos vivido una difuminación de la política de prevención hasta en los discursos, para dejar paso al auge de la política de reducción

del daño. Política tan absolutamente necesaria como radicalmente insuficiente. Afortunadamente, ya estamos entrando en una tercera etapa en la que, sin obviar la política de la reducción del daño en sus aspectos más positivos, hay una vuelta actualizada y reformulada hacia otra política preventiva. Y, al fin, aunque de forma tímida y con orientaciones vacilantes, la dimensión del beber adolescente está ocupando la plaza que merece en las políticas de juventud. Ya va siendo hora de mirar la realidad de frente y preguntarse qué utilidad real tiene la pretensión de que no pueden beber hasta los 18 años cuando todas las encuestas dicen que la inmensa mayoría lo hacen bastante antes de esa edad. Queda mucho, muchísimo camino por recorrer en este campo.

Por último, pero no por ello menos importante, anotemos que al terrorismo doméstico de ETA (del que se dice hace décadas que está en fase terminal) hay que añadir el terrorismo internacional (en fase germinal), que ya dejó las primeras tragedias en España en la matanza de Madrid de marzo de 2004. La sociedad se está acomodando, en pro de la seguridad (auténtico fetiche de la primera década del nuevo milenio), en recortes de la libertad y, sobre todo, en un aumento de controles en determinados medios de transporte (aviones sobre todo) así como en las transferencias bancarias, sin olvidar la multiplicación de cámaras de video-vigilancia por doquier. La evolución en este punto, para sorpresa y preocupación de quien suscribe, está pasando de forma inadvertida para la mayoría poblacional y, obviamente, afecta a las nuevas generaciones, más timoratas, más proxémicas y menos tolerantes con el diferente. Estos jóvenes están creciendo en una sociedad en la que el ciudadano, en diferentes aspectos y momentos de su vida, es sospechoso de delinquir por el mero hecho de ser ciudadano. Si además es joven y chico, más aún. ¿Un ejemplo? Se está rebajando la edad penal (en Francia se debate, ahora mismo, si dejarla en 12 años) pero un chico no es adulto ante un volante (y le penalizan las casas de seguros) hasta que cumpla los 25 años. A nadie importa que sea inconstitucional.

Este último apunte nos lleva la segunda parte de esta introducción: qué perfil mayor podemos diseñar de los adolescentes de hoy.

## **UN PERFIL DE LOS ADOLESCENTES Y JÓVENES DE HOY**

Los nuevos adolescentes son ricos en cosas y en protecciones sociales. Nunca ha habido tantos pedagogos, institutos, congresos, ayudas para los adolescentes, como ahora. Al mismo tiempo, nunca han estado tan solos, solos de tiempo de calidad a ellos dedicado. No las sobras del tiempo productivo.

Centrados en lo próximo, en lo actual, en lo cercano, en lo cotidiano, la historia como pasado no les interesa más que anecdóticamente, y el futuro, que lo quieren alejar lo más posible, lo vislumbran con más temor en lo personal que en lo profesional. Asimismo, frente al «gran discurso», a la explicación global, prefieren el «pequeño relato», la concreción del día a día, la respuesta a sus cuestiones habituales. Sin embargo, las grandes preguntas, no explicitadas, no formuladas temáticamente, están ahí, en lo más profundo y en la periferia de ellos mismos: «quién soy yo, de dónde vengo, a dónde voy, qué sentido tiene mi vida, por qué hacer el bien si el mundo se acaba aquí, si hay un más allá...». Es un grave error pensar que los adolescentes no se plantean estas cuestiones. No con el lenguaje en el que yo me expreso, sino en el suyo propio, obviamente. Pero cuando se les formula la cuestión, incluso en el lenguaje adulto, como lo hemos mostrado en un estudio de SM, lo captan perfectamente y responden con la afirmativa una mayoría de más de dos tercios, aun con intensidades distintas. Buscan, consciente o inconscientemente, algo o alguien que les dé sentido y razón de ser de sus vidas. En una sociedad que ya ha dejado atrás la secularización para adentrarse en nuevas sacralidades, éstas ocupan cada vez más espacio en el universo adolescente, sacralidades que, manifiestamente, no tienen respuesta a sus preguntas.

Los adolescentes y los jóvenes se dicen libres, pero están atados a la familia, a la escuela, al grupo de amigos, a la moda, a los artilugios informáticos, pegados al móvil, con la obligación de divertirse... Frente a la necesidad vivencial de estar siempre ocupados, incitados, solicitados, «en marcha», sienten pavor de la soledad, del aburrimiento, del silencio, de sus preguntas.

Son más tolerantes que, propiamente hablando, solidarios. La aceleración de la vida, su incertidumbre hacia el futuro, el imperio de lo efímero, la socialización débil y dispersa (cual *xirimiri* vasco, que no moja pero cala) hacen que la solidaridad, cuando se da, sea puntual, a lo sumo temporal, con fecha de caducidad.

Están atrapados entre una publicidad omnipresente que hace de ellos una de sus dianas preferidas y la condición adolescente, también en los jóvenes (experimentar todo, sin responsabilidad, abrirse a la vida, autonomizarse de sus padres, quererlo todo sin dilaciones...), les aboca al consumismo frustrante y enloquecedor (cuyo único límite está en el dinero disponible).

La noche de los fines de semana, puentes, acueductos y vacaciones (especie de fin de semana prolongado) es su espacio propio, falsamente no normativo, que lo perciben en oposición al del tiempo normativo diurno del resto de la semana, cual largo espacio intermedio entre dos «fines». En el espacio «finde», la única norma la impone la «amable» presión horizontal de los pares, el cuerpo y el bolsillo.

El preservativo es otro icono de la juventud actual. Símbolo del placer y de la muerte, de la seguridad (contra el sida y los embarazos no deseados), quitamiedos ante el encuentro de fortuna, se da de bruces con su anhelo de amor gratuito, fiel y confiado, de la entrega sin barreras. El preservativo es un icono de seguridad, en absoluto de fidelidad (gran valor juvenil), luego tampoco de felicidad.

La sexualidad es un tema clave en estos adolescentes y jóvenes. Viven en una sociedad pública y publicitariamente erotizada en la que ellos son objeto y objetivo. Ante este fenómeno, lo menos que cabe decir es que no hemos acertado en cómo afrontarlo. A veces, parecería que estamos entre la sexualidad en la que solamente cuenta el puro placer y el disfrute y la sexualidad que sólo tiene que ejercerse dentro del matrimonio y siguiendo una serie de consideraciones. Esto es radicalmente insuficiente para los jóvenes. Hay muchos jóvenes que entienden la sexualidad en el marco del amor y entrega mutua en un clima de confianza y donación mutua que va

más allá de la búsqueda del mero placer, aun sin rechazarlo, por supuesto. Y sin esperar a tener 35 años y casarse. Y apenas encuentran ayuda en este tema.

En su universo simbólico más elemental encontramos iconos como los móviles, determinadas prendas de vestir, la apariencia física, la asistencia a conciertos y la devoción por ésta o aquella forma musical, por determinados viajes, etc. Todos estos iconos son como elementos de identificación, de pertenencia grupal y de condición social. También algunos deportistas (casi exclusivamente en los chicos), cantantes y modelos (más en las chicas) aparecen como referentes simbólicos en su nivel más elemental. Pero sería un error quedarse en ese nivel elemental. Aun de forma soterrada, implícita y para nada tematizada, en un nivel más profundo encontramos otros iconos en los jóvenes. La paloma de la paz es uno de ellos. La Madre Teresa lo fue, para algunos. La naturaleza para muchos. La honradez para la gran mayoría. Reflejan la demanda de actitudes básicas como el amor gratuito, la capacidad de escucha, la lealtad, la espiritualidad... También la querencia por comportamientos desprendidos, como en los que se involucran en una ONGD, los que se van un año a un país necesitado.

## **ALGUNOS VALORES A PROMOVER EN LOS ADOLESCENTES Y JÓVENES, HOY**

Creo que hay ocho valores que se deben promover en las nuevas generaciones, tanto en casa como en la escuela: la competencia personal, la racionalidad, el dinero, no como valor (como objetivo) sino el valor del dinero (esfuerzo para adquirirlo), la tolerancia y la solidaridad en un mundo pluralista, la espiritualidad, la importancia de los valores instrumentales, la gestión de la sexualidad, a la que me acabo de referir, y la utopía por un mundo mejor.

Me detengo en dos puntos. En primer lugar, en la espiritualidad frente a la materialidad porque se habla poco de esto. Me refiero a la contemplación frente al activismo, a lo importante frente a lo urgente, a la sabiduría frente

al tecnicismo, a la jerarquía de valores frente al todo vale, a la moral de la responsabilidad frente a la moral libertaria, a la distinción entre nivel de vida y calidad de vida y a la distinción entre el egocentrismo y el alterocentrismo. Debajo de la demanda de espiritualidad está la afirmación de que los hombres y mujeres somos algo más que mera corporeidad, que la historia humana no se limita a las cosas, a la posesión de cosas, y que las ideas y proyectos, los fines últimos y las primeras preguntas, quién soy yo, de dónde vengo y a dónde voy, por qué he de hacer el bien y no el mal, si hay un principio que vaya más allá del inicio, no es algo predeterminado, no se sabe bien por qué leyes físicas o, bien al contrario, tan aleatorio que todo es fruto de un azar hoy por hoy inasible. Una concreción de la espiritualidad es la religión, aunque también cabe hablar de una espiritualidad atea.

Lo que quiero significar aquí es que en la educación de las nuevas generaciones es un error mayúsculo dejar de lado la dimensión espiritual y, obviamente, para los creyentes, la religiosa, salvo que queramos hacer de la nueva sociedad una sociedad puramente materialista, volcada en la prosa del inmediato bienestar, arrinconando el espíritu, que es lo que ha caracterizado a lo mejor de la cultura y sociedad europeas. No entenderlo así y no fomentar el mundo del espíritu, la espiritualidad, tiene el agravante mayúsculo de que entonces nuestros hijos no entenderán que pueda haber personas para quienes la dimensión espiritual, y en su caso religiosa, comporta una parte sustancial de su identidad. En unos casos, ni atisbarán esa posibilidad y quedarán encerrados en un mundo material angosto, limitado. En otros casos, no les entenderán, tanto a los que tienen una visión abierta de sus creencias como a los que la tienen cerrada y excluyente a otros planteamientos por sentirse partícipes de la única religión verdadera y salvadora. Riesgo demasiado extendido todavía en prácticamente todas las confesiones religiosas, aunque en unas más que en otras. En efecto, el concepto de tolerancia y pluralismo también debe aplicarse a la dimensión espiritual, luego también a la educación religiosa.

La educación cristiana en general, y más en concreto la católica, en el núcleo de su fe, tienen la dimensión de la trascendencia (el mundo no se

cierra aquí y la resurrección de Jesús lo muestra) y la dimensión de la caridad como criterio último de felicidad (Mateo 25). Y esto los adolescentes lo entienden.

En fin, otro rasgo central de estos adolescentes y jóvenes es el de su implicación distanciada respecto de los problemas y las causas que dicen defender. Incluso en temas frente a los cuales son adalides, como el ecologismo y el respeto por la naturaleza, por señalar un caso paradigmático, no puede decirse que conforme, salvo en grupos muy restringidos, un campo de batalla, una utopía sostenida en el día a día, en la acción libremente decidida a la hora de ocupar sus preocupaciones y su tiempo disponible. De ahí la importancia del uso del tiempo libre los fines de semana. En los actuales adolescentes hay un hiato, una falla entre los valores finalistas y los valores instrumentales. Los actuales jóvenes invierten afectiva y racionalmente en los valores finalistas (pacifismo, tolerancia, ecología, exigencia de lealtad, etc.), a la par que presentan, sin embargo, grandes fallas en los valores instrumentales sin los cuales todo lo anterior corre el riesgo de quedarse en un discurso bonito. Me refiero a los déficits que presentan en valores tales como el esfuerzo, la constancia, la autorresponsabilidad, el compromiso, la participación, abnegación (que ni saben lo que es), el trabajo bien hecho, etc. De ahí también su dificultad para adoptar compromisos duraderos.

Finalmente, creo que es necesario que hagamos posible que desde la infancia cultiven la utopía de un mundo mejor. Traspasarles la idea de que éste es un mundo abierto, no cerrado, y que esta utopía (que no quimera) puede ser un proyecto de vida. Su vida, nunca como hasta ahora, ha estado tan en sus manos y nunca han crecido tan solos. Quizás también por eso, a pesar de que tienen una gran capacidad de adaptación, nunca ha sido tan difícil ser joven. Queremos decir un joven bien insertado, críticamente insertado en nuestra sociedad.